

---

### CONFERENCIA XIII.

---

#### LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE Y LA CONVENCION.

La revolucion representada por el catolicismo como un infierno.—Poemas de Monti.—Dificultad peculiar á Francia.—Revolucion política y social sin revolucion religiosa.—Tentativa vana de la Constituyente para conciliar la Democracia y el catolicismo.—Alianza natural, la Iglesia y la Vendée.—Como reaparece bajo las formas revolucionarias el temperamento del catolicismo.—El culto del Ser Supremo, una bula de la Convencion.—El Terror.—Las armas de la Iglesia de la Edad-media vueltas contra ella.—Infalibilidad que se atribuye la Convencion.—Espiritualismo de la Revolucion.—Fichte y Saint-Just.—Testamento de un pueblo.—Respuesta de la Iglesia á la Convencion.—M. de Maistre.

El dia en que se enarboló la bandera de la Revolucion en Roma, el enviado de Francia, Basseville, fué asesinado por el pueblo á la puerta de la embajada. Un gran poeta italiano se apodera de este acontecimiento para manifestar la primera impresion que en la Europa meridional y católica produce la Revolucion Francesa; Monti compone bajo el punto de vista romano la epopeya de la Constituyente y

de la Convencion. Imagina que el alma de Basseville, desprendida de su cuerpo (1), es condenada á flotar sobre la superficie de Francia, en los limbos de la revolucion, como en el vestíbulo del infierno. Un ángel de venganza que parte del Vaticano, la acompaña; los dos espíritus azotados por la tempestad, muestran llenos de terror, con el dedo, el horizonte de Francia; penetran en él, y de círculo en círculo llegan á París (2), la *citta dolente*, la *sentina* del mundo. Encuentran en las nubes el alma sangrienta de Luis XVI que sube al cielo, al mismo tiempo que legiones de ángeles descienden y se precipitan sobre la ciudad condenada.

La Revolucion Francesa aparece á través del lago de sangre de la *Divina Comedia*; desde Dante no se habia oido en Italia el lenguaje de los espectros. Lo único que falta á la sinceridad de este infierno terrestre, es el pensamiento del cristianismo. En vez de los personajes y las realidades de la fé, no se ven en él más que abstracciones. (3) Las lágrimas, los cuidados, la discordia,

(1) Basoilliana.

(2) El cardenal Pacca, en sus Memorias (1813), lanza un grito parecido á la vista de París: «Apenas ví aparecer esta ciudad inmensa cuando sentí una especie de estremecimiento y de horror.» etc.

(3) Sul primo entrar della citta dolente  
Stanno il Pianto, le Cure e la Follia, etc.

*Basoilliana. C. II.*

la locura, guardan sus puertas. Pregúntase uno, como el poeta que quiere castigar á Francia por su impiedad, sólo le opone la mitología alejandrina. Pretende juzgar en nombre de la humanidad cristiana, y no encuentra en su corazón sino los anatemas del paganismo. En vez del Cristo juez, veo al Júpiter de Homero; para vengar la fé nada falta á Monti más que ser creyente. El sentimiento verdadero que sobrenada, que ningun sistema ha podido falsear y que constituye el alma de los poemas de Monti, es el terror. Cuando al nombre de Robespierre se erizan y tiemblan en medio de la tempestad los cabellos (1) de los espíritus inmortales, el autor desaparece; respirais el espanto de la Iglesia. En ese poema del pasado, el catolicismo escribe sobre la frente de la Revolucion Francesa el estigma del infierno.

Trascurrido ya medio siglo en el cual el mundo ha podido reponerse de su terror, si volvemos á hacer hoy el viaje de los espíritus desencadenados por Monti, si nos elevamos como ellos á la altura en que todo se entrevé al mismo tiempo, si deseamos no atizar el incendio sino conversar con el alma misma de la revolucion, hé

(1) Un Robespiero!  
taque; e al nome crudel su l'auree teste.  
Si solleva le chiome agl' immortali  
Frementi in suon di membi e di tempeste.

*(Mascheroniana. C. III.)*

aquí uno de los primeros principios que apercibimos y que comienza á iluminar el cáos. Francia es la única de las naciones modernas que ha hecho una revolucion política y social antes de hacer una revolucion religiosa. Seguid esta idea, y os explicareis lo que hay de original y monstruoso, de gigantesco y de implacable en estos hechos. Una sociedad que al principio quiere conciliar la Iglesia y el Estado, reformando la una por el otro, y que despues renunciando á su proyecto los destruye á ámbos; hombres que no son creyentes y que conservan el temperamento de su creencia, violentos en la sospecha y la intolerancia política como ántes lo eran en la intolerancia religiosa; el catolicismo y el cristianismo desterrados en apariencia y permaneciendo en el fondo de todas las cosas, el uno por el espíritu de igualdad y de fraternidad, el otro por el principio de unidad y de centralizacion; es decir, la esencia misma de la religion antigua, realizándose en el mundo en el momento en que el mundo rompe su forma, tal es la epopeya no apercibida por Monti.

Profunda alegría me anima al ver brillar en los actos más expontáneos de la Constituyente los principios que he deducido de lo pasado. No debe creerse que ésta desafie arrogantemente á la antigua Iglesia. Nada hubiera sido ménos conforme á la naturaleza de dicha Asamblea, demasiado creyente para tratar con ligereza la fé del pasado, y que además no parecia presentir la

dificultad inextricable con que tropezaría por esta parte. Despues que se ha reunido, cuando ha brotado en medio de los representantes la palabra pública, parecen estos convencidos de que el alma que traen al mundo va á reanimar en un dia á la vieja Iglesia: lejos de temerla, piensan apoyarse en ella. El entusiasmo presta á Mirabeau un acento religioso: él es quien, al principio, en un discurso escrito y meditado, traza el porvenir de la Revolucion con estas palabras sacramentales que pesan tanto como un mundo. «Francia enseñará á las naciones que el Evangelio y la libertad son las bases inseparables de la verdadera religion, y el fundamento eterno del estado más perfecto del género humano.»

Por otra parte, están tan lejos de enorgullecerse por su victoria sobre el catolicismo, que el protestante Rabaut-Saint-Etienne no quiere tomar en la Asamblea sino la actitud *de un suplicante*. Desde el juramento del juego de pelota y la reunion de los órdenes en la sesion de la Iglesia de San Luis, la filosofía es ante todo religiosa. Próxima á engendrar un mundo nuevo, repite en la Tribuna el versículo de alegría de la Virgen que siente estremarse á Dios; *ha elevado á los humildes y destronado á los poderosos*. (1)

Están persuadidos de que va á consumarse la

---

(1) Discurso de M. Lameth.

reconciliacion con el clero. Pero cuando la efusion es mayor, una sola palabra coloca á cada uno en su verdadera situacion. Despues de un discurso del filósofo Garat, el obispo de Nancy pide que la religion católica, apostólica, romana se declare la religion del Estado. La Asamblea se despierta sobresaltada. Pedíasele que atara la revolucion naciente con las trabas del catolicismo, que emancipase á Francia y le pusiese una venda sobre los ojos; no obstante, sea imprevision, sea temor de romper demasiado pronto, la revolucion no evita aun sino por una estratagemma el ligarse las manos. Ve el peligro; finge no reconocerlo. No osa aun confesar que es libre. Audaz ante la monarquía, la Asamblea constituyente vacila ante el catolicismo; emancipada ya en el fondo del corazon, no lo declara todavía. Al fin encuentra un subterfugio, y este subterfugio es una derrota. No se someterá al catolicismo, por la razon sutil de que no nombrándolo se le honra más. ¡Unico equívoco á que se resignó aquella Asamblea!

El clero exige una sumision más explícita. Entónces se levanta Mirabeau; aproximase á la ventana de la terraza de los Fuldenses, y muestra con el dedo el palacio de *donde partió la señal de la Saint-Bartelemy*: todo el mundo se calla; todos sienten que Francia acaba de dar un gran paso.

Es cierto que los constituyentes tropezaban con una dificultad inherente á Francia; todo

tendía por sí mismo á la democracia y la libertad; ningun obstáculo resistía. La monarquía se eclipsaba tan velozmente que Mirabeau pensaba ya en defenderla; pero en medio de la sociedad restaurada, se erguía el ideal inmutable del poder absoluto bajo la figura de la Iglesia católica. ¿Era posible dejar subsistente la contradiccion de la libertad en los hechos y de la servidumbre en la ley de las leyes? ¿Qué serian entónces los vastos proyectos de regeneracion de todos los pueblos por uno solo? Precisaba armonizar la religion nacional y la Revolucion, y para esto arrastrar la primera en el movimiento y progreso de la segunda. La sociedad láica se sintió con un exceso de vida moral, y creyó poder traspasárselo á la Iglesia. Devolverle la libertad perdida, restablecer la forma electiva, renovarla en el alma y el entusiasmo de un gran pueblo, fortificarla en sus orígenes, salvarla despues de ser salvada por ella, ¿no era este un beneficio que compensaba sobradamente la pérdida de sus bienes materiales? Con su gran voz, la Asamblea llama á la resurreccion á la gleba del bajo clero. Invócase la cruz de madera en lugar de la cruz de oro. ¿Qué era la nueva constitucion del clero sino la democracia implantada en la Iglesia? Francia revolucionaria ofrece su alianza al catolicismo, á condicion de que se deje penetrar por el soplo de vida. Parecia muy hermoso asociar el entusiasmo de la Iglesia primitiva al entusiasmo de una nacion rejuvene-

cida, la primitiva era cristiana y la nueva, el principio y el fin.

Mas ya se sabe lo que sucedió. Libertad, eleccion de los sacerdotes devuelta al pueblo, todo este aparato de cristianismo democrático se consideró como una heregía. La Revolucion se habia engañado creyendo que reanimaría con su vida á los sepulcros; despreciase su alianza; en premio de sus sueños, la Asamblea constituyente es herida por el anatema.

Decídese en Roma que el proyecto de reconciliar la Religion y la Revolucion es imposible ó impio, que la antigua servidumbre es lo único ortodoxo; mientras Francia se democratiza de dia en dia, su Iglesia se apega cada vez más á la forma contraria, de suerte que á cada momento se ven más separadas; hagan lo que quieran, ya es tarde, la excision ha comenzado.

La Iglesia entónces forma un solo cuerpo con la nobleza, vota como ella el principio de la desigualdad, es decir, se cambia, se invierte la situacion: el abate Maury, el orador del clero, aboga contra los apóstoles y á favor del espíritu pagano de la aristocracia; el marqués de Lafayette, por la fraternidad del Evangelio. Desde el comienzo, el catolicismo rechaza el tratado de alianza que la Revolucion le ofrece; quiere la guerra, la hace, la paz es para él la apostasia.

Ya aparece aquí la diferencia entre la revolucion inglesa y la de Francia. La primera se apoya en la Iglesia nacional; presbiterianos, purita-

nos, independientes, niveladores, todos los partidos tienen á la Reforma por aliada, descansan en una base conocida. En Francia, la Constituyente desea tambien firmar un pacto con la religion establecida; pero la religion la rechaza, no por la malicia de los individuos, sino por la incompatibilidad de los principios. Constituyentes, Girondinos, Montañeses, se suceden; la enemistad entre el antiguo poder espiritual y el nuevo aumenta incesantemente. Entre tantas facciones democráticas no hay ninguna que recuerde que en otras ocasiones hubo predicadores católicos que difundiesen, en la liga, las máximas populares. Las grandezas de la época son causa de que los amigos como los enemigos de la revolucion adopten una posicion franca. A esa luz de la passion sincera no hay lugar para la hipocresía religiosa y política; cada cual se precipita á su bandera: Francia hácia la libertad; su Iglesia hácia el poder absoluto. En ese duelo encarnizado, hónranse unos y otros en combatir á cielo abierto; el catolicismo no blasona de demócrata, ni el Estado de católico. Se aborrecen, se destrozan; no se dan el beso de Judas. El jesuitismo desaparece de la tierra por un momento.

La alianza de la Iglesia con la Vendée era, por el contrario, resultado inevitable de la naturaleza de las cosas. ¿Porqué Francia se enorgullece de este heroísmo que estuvo á punto de hacerle perecer? Porque en el fondo de esta guerra civil hay manifiesta sinceridad, porque cada

uno se afilia á su verdadera bandera, porque se trata de un combate de principios, no de personas ó de azar. Era necesario, por otra parte, que esa guerra estallase en Francia. La vieja Iglesia y la vieja monarquía debían encontrarse y aliarse. La *política sagrada* de Bossuet y la política del derecho nuevo debían chocar algún día en un campo de batalla francés, entre franceses, á fin de que sostenidas heroicamente por ámbas partes, siendo el mismo el valor, el entusiasmo, el corazón, el alma de ámbos lados, Dios sólo pudiese decidir, cual sería su causa en adelante.

Para que nadie pueda equivocarse, el ejército de la Vendée se llama el ejército *católico* y *real*. Como era inevitable, el catolicismo conduce la nobleza al asalto de la revolución; todo el pasado, despertándose con sobresalto, dá la señal de alarma. La guerra de la Vendée es en sí una guerra entre dos religiones; y la verdad es que la Francia nueva nada puede contra el antiguo catolicismo mientras esgrime sus viejas armas, su intolerancia, el poder de maldecir, la hoguera trocada en cadalso. En los surcos de la Vendée germinan los héroes como el trigo. Es necesario para concluir que aparezca la gran figura de Hoche, noble como los reyes cabelludos, intrépido como los caballeros, más clemente que los cruzados, más humano que los sacerdotes, más cristiano que el catolicismo de la Edad-media. Hé aquí el

misionero que va á cerrar con la clemencia la guerra religiosa, enseñando á la Vendée algo más grande que lo que adoraba; no la destruye, la convierte á la Francia nueva. Si la Constituyente ofreció la paz, la legislativa acepta la guerra. Al advenimiento de los Girondinos se ha perdido toda esperanza de atravesarse el concurso de la Iglesia. Solo se conserva el deseo de no herir la libertad prometida á todos los cultos. A la noticia de la insurrección de la Vendée, la Asamblea delibera dos meses, se irrita, amenaza; su cólera pende de un hilo, el fondo de todos los discursos de los Girondinos es el mismo; ¿corresponde, pues, á los ex-sacerdotes negar el Evangelio civil? ¿No; reconocen el espíritu de las Escrituras implantado en la ley? ¡Cómo! la declaración de los derechos del hombre establece, de acuerdo con el Evangelio, la igualdad, la fraternidad, es decir: realizase en la tierra la voluntad de Dios, y son ellos quienes protestan! ¡Se les emancipa, y se sublevan! Al fin se dicta un decreto que impone á los sacerdotes refractarios el juramento obligatorio. El rey vacila por primera vez en sancionar una disposición de la Asamblea; mientras no se modificase la vieja Iglesia, la vuelta al pasado le parecía posible. Se insiste; rehusa. La cuestión religiosa provoca la insurrección de 20 de Junio, que enseña al pueblo el camino al interior de las Tullerías. No se necesita sino otra jornada parecida para derribar la monarquía.

Levántase entre el pueblo y el rey la Iglesia del pasado, y los separa para siempre. Desde que Luis XVI identifica su causa con el Clero, se siente que ningun poder es capaz de salvarle. Se encierra en el pasado; empieza su prision.

En tanto que solo gritó el hambre física en el camino de Versalles, la reconciliacion fué posible. Las mujeres fueron á buscar á su palacio al *panadero* real. Pero en la jornada del 20 de Junio, el pueblo no pide el pan del cuerpo; tiene hambre de una idea. Pide obstinada, ciegamente el pan nuevo del espíritu; y como el rey no puede darle este alimento del porvenir, la enemistad se declara. El hambre del alma se convierte en furor; tórnase por una negativa lo que es un imposible; comienza otra época; la Convencion sucede á la Legislativa.

Es extraordinario ver como, por un último esfuerzo, el Consejo ejecutivo escribe á Roma, para demostrar á la Santa Sede la identidad del cristianismo y de la revolucion francesa. (1) ¿Qué pensaría el papado oyendo la teoría de la Convencion? ¿Qué podia haber de comun entre dos poderes de los cuales el uno sólo reconocia el espíritu donde estaban las formas, y el otro, rompiendo todas las formas, pretendia volver á encontrar desnuda, palpitante el alma misma de

(1) «Los principios evangélicos que respiran la más pura democracia, la igualdad más perfecta.» *Carta del Consejo Ejecutivo á Roma.* (1793.)

la cristiandad? Obstinarsen en alabar su alianza con el Dios del Evangelio en el momento en que se cerraban las puertas de la Iglesia de la Edad-media, pareció á Roma el colmo del delirio del espíritu humano. Todo lo que hizo fué admitir que la revolucion era una segunda bajada de Jesus á los infiernos. Ausente de la tierra, habia ido á pasar los tres dias de tinieblas en el reino de la muerte. Sentíase á la tierra temblar, y era sin duda el esfuerzo y las convulsiones de Dios para arrancarse á la esclavitud de la noche.

Por su parte, la Convencion procura guardar su palabra. En medio del terror, consagra todavía una vez más, por un decreto, ¡cosa ilusoria! la libertad de cultos; trata de que este principio sobrenade á pesar de las crueldades que lo desmienten. Quiere aún ser presidida un momento por un obispo en su traje eclesiástico. Los sacerdotes, cediendo al miedo, van un dia pomposamente á deponer el Crucifijo en la barra. Disgustada de esta apostasia, al dia siguiente condena á muerte á estos hombres, para castigarlos por haber tenido miedo á la muerte. Enfrente de esos renegados, cuando la situación era más terrible, el abate Gregoire hace abiertamente en la Tribuna de la Convencion su profesion de fé católica; no hubo en aquella época un acto de igual valor, aunque hubo ocasion de que se mostrara éste bajo todas sus formas. La Convencion cede en su cólera

ante el desafío de un cristiano; Roma conserva su rencor contra el que había querido ser mártir; el abate Gregoire, perdonado por los clubs que desafia, es excomulgado por Roma á quien defiende.

Cuando despues de todas estas tentativas se decide que el divorcio entre el catolicismo y la revolucion está consumado, se descubre con asombro que ese pueblo, á quien se creía excéptico, no puede pasar una hora sin culto nacional; trabaja en forjarse otro. Apenas cerradas las Iglesias, los espíritus se atormentan, buscan otros ritos.

Representaos, al amanecer, en las ruinas de la Bastilla, rodeado de una muchedumbre innumerable, al Presidente de la Convencion, bebiendo en la copa antigua de la igualdad y pasandola despues á los labios de los representantes de los ochenta y siete departamentos de Francia. ¿No era esto una gigantesca comunión, en la que se mezclaba al ruido de los cañones, ecos de Fleurus y de Maguncia, el recuerdo de Esparta y de Nazareth? Llamad á esto extravío, vértigo de entusiasmo; pero creed que ha habido por un instante una chispa de fé en el estremecimiento de esa multitud que, destruida su Iglesia, se imagina poder levantar otra de un soplo, y hacer brotar á un solo latido de su corazon un Verbo, un Dios nuevo!

Lo grave fué la pretension de rehacer otro catolicismo, con sus imágenes, sus pompas ex-

teriores, sus signos. Creyose que se podría inventar en una hora, por un milagro de entusiasmo, ese conjunto de ritos que la vieja Iglesia había tardado diez y ocho siglos en componer. Desgraciadamente cuando se pensaba ser más revolucionarios, se recaía bajo la sombra de la Iglesia que se acababa de repudiar. Las abstracciones sustituidas á los santos, las estaciones, las virtudes en lugar de las fiestas eclesiásticas, ¿no era todo esto una imitación constante del catolicismo? El mismo deseo de impresionar los sentidos, la misma fé en las imágenes, en las apariencias.

La Convencion rechazaba á más no poder el culto de la razon, inaugurado por la Commune, comprendiendo que esta mitología viviente era simplemente una degeneración de la mitología muda de la Edad-media; su pensamiento, es menester confesarlo, era más alto: y sin embargo, ¿qué pudo verse en la concepción del culto del Ser Supremo sino una Asamblea que creyendo dar un paso de Titan hácia el porvenir, recae, por el contrario, en los lazos y el molde de la sociedad que ha destruido?

¿Dónde se halla, en efecto, el nudo de la dificultad? Hélo aquí: la idea del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma, verdadera como es, está encarnada en la conciencia de cada uno; sustituyéndose á esta autoridad, trayendo á su barra por una ley al mundo interior, la Convencion usurpa un poder que no tiene, se remonta



á la época de los Concilios, rehace una religion de Estado. Robespierre es mas que un dictador, es un papa. El decreto es una bula. Lo que quiere decir que si las cosas continúan así, la figura del catolicismo cambia, pero su espíritu permanece. Leerase mañana en el fondo del alma; el Estado escudriñará los corazones. ¿Porqué fué enviado al cadalso el partido de Danton, sino porque se le acusaba de poco creyente? Ser epicureo era ya un crimen de herejía.

Solicitado por el entusiasmo y el terror, pudo un pueblo dar su vida, su sangre; pero el comité de salvacion pública le pide más, el abandono del sentimiento íntimo, del secreto entre el hombre y Dios, del cielo interior. Esa porcion del individuo que se escapa á todas las miradas, se habia emancipado del papa hacia tres siglos; ¿se someterá á Robespierre? No. El rey del Terror se ve moralmente destrozado el dia en que se convierte en Pontífice de una religion de Estado. Su sangrienta aureola palidece; ha exigido lo que los hombres modernos no pueden entregar. El cadalso le recibe á su vez, adornado aun con el traje de la fiesta del Ser Supremo; las crisis más grandes de la Revolucion Francesa son hasta este momento, políticas y religiosas á la vez.

Entreveis así el misterio del Terror. Hay en aquellos años un prodigio que no se reproducirá en ninguna parte. De un lado, un ideal supremo de felicidad y de justicia, una edad de oro escrita en el frontispicio; de otro, para realizarlo, una

implacable Némesis. Diríase que para inculcar estas ideas en el mundo, el siglo diez y ocho se sirve del brazo del siglo diez y seis. Coexisten dos épocas monstruosamente unidas. La lógica sentimental de Rousseau toma por instrumento el hacha de la Saint-Barthelemy.

Nacidas del protestantismo la revolucion de Inglaterra y la de los Estados-Unidos, no han engendrado nada parecido, por la razon de que Francia se vió obligada á partir del catolicismo, es decir, del fondo de la Edad-media para lanzarse de un salto á la vida nueva. Su educacion de intolerancia, nunca interrumpida, no pudo desaparecer en un momento. A medida que la revolucion descendió á las masas, encontró en ellas el génio exclusivo depositado en su corazon durante siglos; el catolicismo las habia retenido en la Edad-media y con la violencia de la Edad-media se precipitan en el porvenir. Esa justicia terrible que procede de lo alto, quiso entónces que la intolerancia del pasado fuese expiada por otra intolerancia, las dragonadas de los Cevennes por las dragonadas de los Marseilles, la hoguera por la guillotina, la Saint-Barthelemy por el 2 de Setiembre. La filosofía aun no encarnada en las costumbres, toma para defenderse las armas ya prestas para el combate que encuentra; desde el primer motin el pueblo busca en los arsenales las picas y los fureros de la liga. (1)

(1) Haremos uso de la táctica europea y de los

No arraigado por ninguna revolucion religiosa el espíritu de exámen, de discusion, resulta que el menor disentiimiento se considera como un cisma inexpiable. Vése á las Asambleas erigidas en concilios; todos los partidos se atribuyen exclusivamente la ortodoxia política, fuera de la cual no hay salvacion. Poco á poco la Iglesia política llega á ser tan ineficaz como lo era anteriormente la Iglesia religiosa. ¿Dónde hay papa más intolerante que Saint-Just? ¿Sus *censores*, que presentes en todas partes deben leer hasta en el fondo de las almas, no se asemejan bajo muchos puntos de vista á los antiguos inquisidores? La ortodoxia política se hace cada vez más intransigente; reaparece en las calles; separa á Danton y Robespierre la guerra entre Rousseau y Voltaire. Como cada cual está convencido de que la infalibilidad se halla de su parte y el extravio en la contraria, se anatematizan mutuamente por la misma causa; y el anatema es la muerte. Al redactar la ley de los sospechosos, declara Merlin de Duay que no necesita sino trascribir íntegra la ordenanza jesuítica de las dragonadas; en una palabra, en la Francia católica despertada sin preparacion á la libertad, veis conservar, en parte, á la Revolucion el temperamento exclusivo de la Iglesia á quien reemplaza.

*medios espontáneos de la rebelion católica* (discurso de Anacarsis Clotz, 1790.)

Pero, por otra parte, no se debe creer que todo sea malo en esa herencia, puesto que no hay ninguna gran cualidad en el catolicismo, que no pase íntegra al alma de la Revolucion. ¿De dónde procede sino esa tendencia á la universalidad sino de que quiere realizar lo que la Iglesia nacional se contentaba con prometer? ¿De dónde ese instinto de proselitismo que la impulsa desde el nacimiento de la Constituyente? ¿No hay en el grito de la *Marsellesa* un eco del *Dios lo quiere* de los cruzados? ¡Sí; la convencion se arroga la autoridad espiritual del Vaticano, hace de París la nueva Roma; de suerte que abrumando al catolicismo, halla medio de arrebatarle su génio absoluto.

Los habitantes de las islas Sandwich creen que la fuerza de un enemigo trasmigra á su vencedor; de igual modo la fuerza del catolicismo, unidad, centralizacion, penetra en el corazon de la Revolucion Francesa. Para triunfar mas fácilmente de él, le sustituye.

En virtud del mismo principio de infalibilidad y de omnipotencia, la Convencion decreta que tal poblacion será tomada, obtenida tal dia una victoria. Dumuriez que no sabe de que principio parte, exclama: «*la Convencion se cree capaz de todo porque todo lo ignora.*» No ve que aquella Asamblea, en su grandeza, siente agitarse en su seno un Dios de cólera. Es menester que imponga su voluntad al universo; vive de milagros.

Danton sería capaz, en caso necesario, de mandar al Sol que se detuviese, como Josué. Hé aquí también, porque el culto de la Razon y de la Naturaleza no satisfacen á la Convencion; elévase en su fé tanto sobre la segunda como sobre la primera que se desconcierta. Pide prodigios á sus generales. Convencida de que les comunica la fuerza de poderlo todo, da el nombre de traicion á lo que los demás llaman imposibilidad.

Sublévase un ejército de 40.000 hombres; quiere marchar sobre París. La Convencion elige para reducirle á la obediencia á uno de sus miembros, á Levasseur que nunca tocara un arma. Profundamente oscuro, sin historia, sin prestigio personal, Levasseur alega su impotencia. No se le atiende; la Asamblea se obstina en su eleccion. Parte al fin y ántes de pronunciar una sola palabra, con una mirada nada más, se impone á los cuarenta mil furiosos que caen á sus piés. El *fuera de la ley* produce en las masas el mismo terror que el entredicho de Gregorio VII en la Edad-media. No se habia visto nada semejante desde las bulas del siglo oncenno.

Pero si la Revolucion Francesa conserva en el Terror el temperamento del catolicismo, por otra parte, es incontestablemente más idealista que este lo fué jamás, porque su génio consiste en suprimir el tiempo. No deja nada para el mañana, á la accion de los años: no se dá ni áun los siete dias para hacer un mundo. Con la impetuosidad fulminante que hemos recono-

cido en el islamismo, apenas se dibuja un pensamiento en la cabeza colosal de la Convencion, pretende realizarlo incontinenti.

No me sorprende que el filósofo más espiritualista de Alemania, Fichte, escribiera dos volúmenes para demostrar que el comité de Salvacion Pública le habia usurpado su sistema. Si la idea pura sobrevive, ella repoblará la tierra; tal es el fondo de la política de Saint-Just; tal es también toda la metafísica de Fichte.

En la antigüedad bíblica, cuando el exterminio marca con una señal las puertas de los condenados, difúndese un silencio de muerte, contiénense la respiracion y el pensamiento. Por el contrario, la grandeza de Francia estriba en seguir pensando, creyendo, inventando en las gradas mismas del cadalso, y aún hacer todo esto con fuerza que parece redoblar la percepcion de la eternidad. La muerte pesa igualmente sobre todo el mundo. «Si Bruto no mata á los otros. Bruto se matará» dice Saint-Just. «No habeis visto todavía más que las rosas,» añade Danton; y á este tenor un pueblo entero dicta su testamento. Cada cual, como si únicamente le quedase un minuto de vida, se apresura á concentrarla en un punto brillante é indestructible: el diputado en un informe, el voluntario en una accion, el general en una victoria, el naturalista en un descubrimiento. Andrés Chenier, Hoche, Geoffroy Saint-Hilaire, todos estos hombres, jóvenes por la edad, han

madurado en la muerte; su primera estrofa, su primera victoria, su primer descubrimiento, llevan ya el sello de una vida larga y experimentada.

Observábase en la prision de Luxemburgo, que Danton en medio de su desprecio por el patíbulo, daba á sus palabras un relieve que pudiera hacerlas durar y pasar de boca en boca. Lo mismo acontecía á Francia revolucionaria; condenada por el resto del mundo, se afanaba por dejar en cada cosa un recuerdo inmortal; ó más bien, en el fondo tenía la certidumbre de vencer y destruir el aguijon de la muerte.

Entre tantas cosas extraordinarias, la más pasmosa, sin duda, es la de ver un pueblo sitiado, que despues de haber perdido la mitad de su territorio, y conservado la otra mitad como por un milagro y no dejándose más refugio que la muerte, concibe mil proyectos para la humanidad, delibera acerca de teorías enciclopédicas de educacion, administracion, ciencias, pesos y medidas, calendario, como si viviese en inmutable paz. Arquímedes, durante el sitio de Siracusa, no elejía para meditar el campo de batalla.

Bossuet ha mostrado á todos los pueblos de la antigüedad gravitando hácia un solo punto, confluyendo al fin al pié de la Cruz. Podría igualmente establecerse que toda la historia moderna, de edad en edad, tiende á la consumacion de la Revolucion Francesa; hereda esta de cuanto la ha precedido, y encierra el espíritu de todos

los pueblos en una especie de Panteon viviente. Rousseau que es su legislador, vierte en ella el alma del protestantismo: está representado en su seno el gérmen de las revoluciones anteriores: la reforma, por la soberanía del pueblo; el catolicismo por la unidad; la filosofía por la abstraccion y el alma, que á todo se une. Sin que de ello se dé razon el voluntario que parte á la frontera, sabe que tiene á su cargo, no solo la salvacion de su cabaña, de su aldea ó de su pueblo, sino la salvacion del mundo. Concéntrase en su creencia cuanto queda de vivo en las creencias é Iglesias del género humano: está desnudo, sediento, hambriento, pero su fé le calma la sed y el hambre.

La division del general Serrurier desfallece acosada por el hambre, se acaba de recibir pan, va á ser distribuido; pero en esta operacion se perderán dos horas: el general comunica su temor á las tropas: «partamos sin comer» gritan unánimemente los soldados; y llegan á tiempo. Si veintidos años despues el mariscal Grouchy se hubiera acordado de que los franceses pueden nutrirse y reponer sus fuerzas sin beber y sin comer (1), no se hubiera detenido en Gembloux

(1) «Eran más de las seis; los soldados hacian su sopa: el mariscal Grouchy estimó que al otro día sería aún tiempo de seguir al enemigo, que de este modo pudo ganar tres horas sobre él. Esta funesta resolucion es la causa primera de la pérdida de la batalla de Waterlloo,» Napoleon, Campaña de 1815, pág. 93-96.

y, adelantándose tres horas, Wartelóo habria sido una victoria.

A medida que esta fé se aviva, la vieja Iglesia nacional la considera como la fé del Infierno. Los nuevos Cruzados, Marceau, Hoche, Jessaix, Douthert, pasan ante ella y no los reconoce. Su unidad, su solidaridad nada le dicen; ciégala una fuerza sobrehumana, y no le ocurre la idea de que expia el pasado: en donde podria renovarse, se endurece.

Por el contagio de la violencia, el teólogo M. de Maistre se convierte en idea en el Robespierre del clero; opone en teoría el terrorismo de la Iglesia al terrorismo de la Convencion; su Dios inexorable, asistido del verdugo, (1) Cristo de un Comité permanente de salvacion pública, es el ideal del 93, pero de un 93 eternizado contra la revolucion. En nombre de la Iglesia admite del sistema de la Montaña, el terror, el cadalso, del que hace un *altar, la tierra continuamente embebida en sangre*; (2) todo menos la igualdad, la fraternidad prometida. En esa teología, que en realidad pone

---

(1) *Consideraciones sobre Francia y las Veladas de San Petersburgo.*

(2) «La tierra entera continuamente embebida en sangre, no es sino un altar inmenso en que todo debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin interrupcion, hasta la consumacion de las cosas, hasta la extincion del mal, hasta la muerte de la muerte.» (*Veladas de San Petersburgo*)

la muerte á la órden del dia, queda en el fondo el absolutismo de la Convencion, sin la esperanza de la emancipacion antes del último dia del globo, Robespierre sin Rousseau, el medio sin el fin. Tan grande es entónces el ódio del catolicismo á la revolucion, que para matarla en la cuna arrebátale en idea sus propias armas. Se le disputa su infierno; no se desecha mas que su gloria.